



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11317

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 27 DE JULIO DE 1891

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cambartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

SUCURSAL

DE LA

GRAN JOYERÍA Y RELOJERÍA DE MÁLAGA

LA PERLA

Hotel de Roma + Salón bajo

TEMPORADA DE FERIA HASTA EL 8 AGOSTO

RUMORES

QUE SE CONFIRMAN

Hace días que circulan rumores insistentes sobre despido de parte no pequeña de la maestranza del arsenal.

Conocimiento de que se haya dictado alguna disposición oficial acerca de esto, no se tiene ninguno; sin embargo, los rumores circulan y toman cuerpo, sin que se sepa de donde salen ni quien los echa á la plaza para que sirvan de paslo á la conversación.

Cuentan apenas algunos días y no les dimos acceso la primera vez que llegaron hasta nosotros; pero los robustecen circunstancias de tal valía, que vamos creyendo pueden confirmarse en plazo cortísimo.

La agencia que nos hace el servicio telegráfico, nos dijo hace tres días que había dimitido la capitania general de Ferrol el jefe de Marina que la desempeñaba, y decisión idéntica se atribuía á la persona que desempeña el mismo cargo en el departamento andaluz. El caso era tan raro que todo el

munlo se dió á buscar la solución del enigma, sin poderlo encontrar hasta hoy, que una nueva noticia viene á complementar la primera y á confirmar en cierto modo los rumores de que nos hemos ocupado al principio.

Un telegrama de ayer, publicado en la sección correspondiente de El Eco de anoche, dice que se ha ordenado el despido de gran parte de la maestranza del arsenal gallego.

¿Qué relación puede tener con esto la dimisión del jefe del mismo? Y la que se dice que presentará el jefe del departamento de la Carraca se relacionará con alguna orden semejante á la que se ha dado al arsenal del Norte?

Conocida ésta, no hay porque dudar que se haya tomado con el arsenal de Cádiz igual disposición; y si amigos han sido objeto de idéntica medida, no hay ya pretexto alguno para rechazar el rumor que dice va á ser despedida parte no pequeña de la maestranza de este arsenal.

Hay rumores que desgraciadamente se confirman y éste es uno de ellos. Se ha hablado mucho de los arsenales sin entenderlos más de las veces —para que pueda escapar

a la fiebre de las economías los expresados establecimientos. Quienes proponen que los venda el Estado por inútiles; quienes que los arriende para que no consuman del presupuesto; quienes que los clausuren porque de nada sirven. Y en este maremagnum de opiniones, emitidas de un modo caprichoso por quienes desconocen la materia que tratan, todos gritan y ninguno se entiendo; ni aun aquellos que deben entenderlo dan el golpe en el clavo.

¿Hay que hacer economías? Háganse en buen hora pero no de un modo cruel. Téngase en cuenta que echar á la calle la mitad de los operarios de un arsenal cualquiera, puede dar por resultado una cuestión de orden público de muy difícil solución.

El asunto no puede ser más grave y hay que solucionarlo a toda costa, hermanando los intereses del Estado, que son muy respetables, con los intereses del trabajador, que no admiten espera.

Si los rumores que circulan tienen fundamento, piénsenlo bien los que deben solucionar este asunto y decídanse por el medio que menos dañe. La nación falta de recursos y los obreros amenazados de paro forzoso, se lo agradecerán.

CURIOSIDADES

LA BOMBA. (Su origen)



Se dice que Segismundo Malatesta, célebre capitán del siglo XV, inventó

los morteros y las bombas. Pero esta invención quizás se abandonaría en un principio por su imperfección: así es que Strada dice, que un habitante de Venlo, en los Países Bajos, que se ocupaba en hacer fuegos artificiales, fue quien inventó las bombas. Los habitantes de aquella ciudad, al pasar por ella el duque de Cleves, quisieron darle un nuevo espectáculo arrojando algunas bombas; pero una de ellas, que penetró en una casa, fue causa de un incendio que destruyó las dos terceras partes de la población. El duque se sirvió poco después de esta funesta invención en el sitio de Wachtendonck, en 1588. En Francia se hizo el primer uso de las bombas en el sitio de Motta, en 1634.

LA FIESTA DE SANTA ANA

En el año presente han resultado lucidísimas las fiestas verificadas en el paraje de Santa Ana para celebrar la festividad de la Patrona.

El día de Santiago por la tarde, hubo una animación extraordinaria con motivo de las carreras de caballos en que tomaron parte gran número de ginetes.

Las cintas, premio de esta fiesta, fueron trece, magníficas, elegantes y primorosamente bordadas por jóvenes de aquel caserío.

De las mencionadas cintas correspondieron cinco á un afortunado y diestro jinete del *Gimenao*; tres al joven cartagenero Sr. Cañadas, una á nuestro amigo Luis Blanco y Campano y las restantes á otros sujetos cuyos nombres ignoramos.

La banda de música de Pacheco amenizó el acto tocando alegres composiciones.

Merecen aplausos los organizadores de las carreras descritas, Sres. García, Rosique, Pedreño y Juanito Blanco, porque han conseguido su propósito; mucho público y mucha distracción.

En la mañana de ayer se cantó una misa, haciendo uso de la palabra el muy distinguido orador sagrado señor Araol Mensales, que como siempre estuvo muy afortunado.

Por la tarde, hubo baile popular y por la noche verbena; todos estos espectáculos estuvieron stinamente concurri-

dos, quedando cuantas personas acudieron, complacidas de las fiestas que son de las más extraordinarias que se celebran en este campo.

CRÓNICA PARISIENSE

Hace cien años.—El 14 de Julio.— Los grandes hombres del siglo XIX.—El espiritismo.—Modas.

Las fiestas del 14 de Julio han sido en París una hermosa manifestación de júbilo popular.

Bailes, fuegos de artificios, músicas y regocijos públicos; para nada turbados por el más mínimo incidente, nos han recordado los días luctuosos del terror, aquella época en que la Bastilla era como el trono de los reyes y el dosel de la justicia.

Hace cien años, después de seis de victoria, el siglo diez y ocho moría entre los fulgores de una nueva y esplendente aurora; las bayonetas eran, por desgracia el único punto de apoyo en que fundaba su salvación la patria francesa y con ella Europa; Napoleón brillaba eclipsando á Hoche, Kléber y Massena y el siglo diez y nueve cerraba las puertas de la eternidad al siglo anterior que iba casi avergonzado á dormir para siempre el sueño de los muertos.

Pero aquel siglo de que hablaba Bonaparte, aquel gran siglo, que había comenzado por la tacha de las ideas y acababa con la incha del sable, legaba al siglo diez y nueve toda una generación de hombres admirables que iban á ser el imperio de la naciente centuria.

Hace un siglo Michelet, el historiador de la patria, tenía un año.

Lamartine; el último de los poetas como decía Victor Hugo, contaba nueve años.

Victor Cousin tenía siete; Thiers dos, Guizot, refugiado en Ginebra doce y Berryer, la gloria futura del foro, nueve.

Barthelem y Méry, los poetas de la *Némesis* tenían, el primero tres años y el segundo, uno.

Hugo, Musset, George Sand, Alexandre Dumas, Bérlioz, Wagner, Gladstone, Cobden, Garibaldi, Napoleón III,

amargo, insoportable, ponzoñoso, que despedaza el corazón y abrasa la cabeza; y entonces, toda venganza nos parece insuficiente; probamos la rabia de la impotencia; nos encontramos al fin sentenciados sin redención á un infierno anticipado: creíamos haber vendido el alma al diablo por un cielo, y nos convencemos de que solo nos ha dado infierno por infierno, aquí y allá.

—¡José! dijo la princesa; ¡yo te he engañado!

—¿No? ¿paes qué, no has comprendido que no habías amado hasta que has amado á ese hombre?

—¡Imbécil, exclamó la princesa, que atiendes las palabras y no miras al corazón!

—Sus pedazos sangrientos han salido con las tuyas de tu boca.

—¡Ah! ¡no me conoces todavía! dijo la princesa; ¡tú no sabes que el sér humano tiene cuerpo y alma!

—¡Vergüenza! ¡debilidad! ¡crimen!

—¡No! ¡fatalidad! ¿Pero por qué, por qué siendo tan inteligente no me has comprendido, José? ¿Por qué no has visto que en mí hay un terrible exceso de vida y una incalculable exageración de pasiones; que en mí lecho todo lo grande, todo lo noble, con todo lo pequeño, con todo lo miserable; que lo grande es mío, y lo pequeño, lo miserable, del mundo que me ha obligado á ello?

—¡Tu ambición insensata!

—Mi ambición no es mía; está en la esencia de mi sér: yo no puedo sufrir la superioridad casual de los que valen menos que yo: todo dominio me irrita; necesito para vivir, dominar, y para dominar, ser.

—¡Así hablaría Satanás!

—Satanás no se ha hecho á sí mismo: la soberbia es la esencia de su sér.

—Pero qué conversación tan inútil, dijo Bizarro: pruebas á fascinarme sin conseguirlo; te he visto al fin tal cual eres, y no puedo volver á verte tal como te creía.

—Mata á ese adorado amor mío, ven á verme con las manos teñidas en su sangre, y prueba si me acongoja el dolor!

—Estás en la misma situación que yo, y esto es todo lo que amo á ese hombre tanto como yo te he amado á ti, y sientes por él el mismo desprecio que yo siento por ti, y la misma rabia por haberle amado...

—¡Tu malvada experiencia que te engaña! dijo desesperada la princesa, viendo que no podía engañar á Bizarro.

—Tienes miedo de mí y pretendes ganar tiempo.

—¡Ganar tiempo! pues qué te convertirías tú en mi enemigo?

cena como si fuera mi hija, reconocida por tí, utilizada por tu ambición, destrozada, muerta: hé ahí todo lo que te debo; hé ahí el horrible resultado de un sueño, del cual he despertado tarde; y aún pretendes engañarme, aún pretendes hacerme recaer en el sueño, diciéndome: yo no amo á ese hombre, ha sido un juguete mío, vengate de él, mátales, no me verás ni palidecer, ni temblar, ni llorar; ¡ah, sí! es verdad; una víctima más: un hombre á quien yo no mataría solo porque es una víctima tuya, si no tuviese ante mí los cadáveres de mi esposa y de mi hijo, y la inmensa desgracia de Azucena; nacido todo de la insolente provocación de ese hombre, que me obligó á herirle, y por consecuencia á huir; ¡oh, sí! ¡tú has sido mi demonio! te he reconocido, y no puedo volver á ver en tí á mi angel.

—¿Qué más he podido decirte, cuando te veo irritado, vuelto contra mí por un hombre por el cual no he sentido otra cosa que una de esas fuertes aflicciones que se confunden con el amor? ¿qué más he podido hacer que decirte, mátales? ¿qué me pedirás, cuando te veo desesperado, que yo no te conceda?

—¡Me lo concederás todo!

—Sí, todo.

—Pues bien, despidete de sus majestades, díles que te fatigan los regocijos públicos, que no puedes